

ban defensa á las naves en el peligroso viaje á España. Estas colonias, sin embargo, solo estaban de acuerdo en el odio á la metrópoli. Al Oriente erraban tribus indómitas; al Occidente, desde no muy lejos, amenazaban á la ciudad los reinos de Numidia y Mauritania; y en la misma costa, y al Mediodía, eran rivales de Cartago Túnez, Aspid, Adrumeto, Ruspina, la pequeña Léptis y Tapso, además de Utica, que fué siempre independiente.

Fuerzas militares.

Para mantener libres las comunicaciones y en la dependencia á las colonias, tenían gruesas escuadras que impedían el desembarco de los émulos ó de los enemigos. Aumentáronse mucho las fuerzas de Cartago en las luchas con los Etruscos, con los Griegos, con los Marselleses, y después con los Romanos; y es admirable la prontitud con que se repuso de sus pérdidas. Cartago era el puerto principal: usaba primero solo barcos de tres órdenes de remos, á los cuales dió mayores dimensiones en tiempo de Alejandro; y ya en la guerra púnica los construía de cinco y siete órdenes, con las popas adornadas de sus dioses marítimos, Poseidon, Triton y Cabires. Un barco de cinco órdenes de remos llevaba ciento veinte soldados y trescientos marinos, por lo cual eran ligerísimos en las maniobras: los esclavos manejaban los remos. Los almirantes dependían de los generales de tierra en las empresas en que debían obrar de concierto y en las demas del Senado. Las victorias eran ocasiones de pública alegría, así como las derrotas lo eran de público sentimiento. Armaron los Cartagineses contra Siracusa de ciento cincuenta á doscientas naves y muchas mas contra Roma; y en la batalla que abrió á Régulo las puertas de África, combatieron trescientas cincuenta galeras con ciento cincuenta mil hombres, contra cuarenta mil Romanos y trescientas treinta galeras. Ayudaron también á Jérjes con dos mil naves de mucha eslora, y tres mil barcos de transporte (1).

No pusieron tanto cuidado en el servicio de tierra, encomendado en lo general á mercenarios de todas las naciones; veíase entre ellos á Galos desnudos, á Iberos vestidos de blanco, y á montañeses ligurios al lado de Nasamones y Lotófagos, caballería nómada y honderos de las Baleares. Los Cartagineses sabían á punto fijo cuánto costaba un soldado griego, un africano ó uno de la Campania; y así comparando el gasto de un ejército con las ventajas que iba á proporcionarles, sacaban el cálculo del fruto que daría una conquista. Cuando concluía la campaña, rescataban los prisioneros, y los gastos ocasionados los pagaban con el botín de los países conquistados. Esta turba allegadiza no era fácil que se dispersase ó se vendiese, porque combatía fuera de país natal y contra gente mas pobre; además, la diversidad de lengua y de creencias impedía su union. Pero le faltaba la disciplina; costaba mucho trasportarla por

(1) DIODORO, XI, 20.

mar; eran en ella fáciles las epidemias, y maniobraba mal al frente de tropas disciplinadas y nacionales, careciendo de aquel valbr que se funda en el patriotismo y en el sentimiento de la importancia individual.

La caballería, por ser costosa, se componía de nobles cartagineses, los cuales se ponían un anillo por cada expedición en que habían entrado; había también una legión sagrada de ciudadanos ricamente ataviados.

La guerra, pues, se fundaba principalmente en el dinero, que es la fuerza de los Estados comerciales. La principal fuente de riqueza de Cartago era la industria, así de la fabricación como del tráfico, á la cual se agregaban las aduanas, los peajes, los derechos de entrada en los puertos y los tributos de los pueblos subyugados y de las colonias, que generalmente los pagaban en especie y que se aumentaban á medida de las necesidades. Servíanles de mucho las minas, en las que hacían trabajar á muchos esclavos, obligando también á ello á los indígenas. En las necesidades pirateaban á pretexto de represalias.

La religión de los Cartagineses estaba compuesta de una mezcla de creencias libias y fenicias. Sus dioses Elim, Alomim, Baalat, Melcarte, Dan, tienen nombres casi idénticos á los de Tiro. Daban culto principalmente al Sol, bajo el nombre de Baal-Moloc, como poder generador; y tanta veneración le tenían, que no osaban pronunciar su nombre, llamándole solo el Antiguo, el Eterno. Su ídolo Baal, como el Moloc de Tiro, tenía los brazos extendidos y de metal, y una cavidad en el pecho, horno ardiente adonde se arrojaban niños. Al dios varón estaba asociada la diosa Astarté, que tenía muchos templos, y á quien se tributaba un culto voluptuoso, que duró hasta después de establecido el Cristianismo. Seguía luego Melcarte, rey de la ciudad, á quien daban culto los Cartagineses como todas las colonias fenicias, encendiendo grandes hogueras y enviando presentes á Tiro. Daban también culto á los Cabires, el octavo de los cuales, Peon médico, era muy venerado en toda África por sus curas maravillosas. Su templo fué reconstruido bajo el poder de los Romanos, y en él se reunían los médicos y sabios para discutir y dar lecciones. Pertenecían á los Cabires los Dioscuros, protectores del mar, y el blason de Cartago era el caballo, consagrado al dios de las aguas.

Honraban también como diosa á Elisa, en cuya presencia celebraban las asambleas, y á los Hermanos Filenos, cuyos altares señalaban los confines que separaban á Cartago de Cirene. Creían que las almas de los que habían sido buenos subían á la mansión de luz perpétua; y llamaban á la muerte el último puerto y la residencia comun. Adoptaron algunas cosas de la religión de los vencidos: aprendieron tal vez de los Africanos á adorar á los vientos, al fuego, al aire y á la tierra; de los Sicilianos tomaron á Cérés y á Proserpina, y de los Sardos á Yolao,

Rentas.

Religion.

sobrino de Hércules. Los sacerdotes no formaban casta aparte, pero eran escogidos entre los principales ciudadanos, estaban muy considerados, é inauguraban con ceremonias religiosas todos los actos solemnes.

Pero la religión adquirió en Cartago el sello del carácter cartagines, avaro y melancólico hasta la crueldad. Prostituíanse á los ojos de la divinidad las jóvenes, y el dinero se guardaba para su dote (1). ¿Para qué, pues, tenían un magistrado conservador de las costumbres? Hércules ó su Melcarte les inspiró grandes empresas; pero su gloria estaba manchada con sacrificios humanos, que se hacían en tiempos determinados; y en las circunstancias mas imperiosas se sacrificaban los mas queridos objetos. Cuando los venció Agatócles, se creyeron castigados por Melcarte, porque hacía algun tiempo que escaseaban los presentes á Tiro, por lo cual los enviaron con profusión, quitando de sus templos hasta los tabernáculos de oro: y temiendo aun que siguiese irritado el dios, porque, en vez de niños bien nacidos, inmolaban niños comprados, enmendaron su falta, sacrificando doscientos de las primeras familias, en cuya ocasión se ofrecieron espontáneamente á la muerte trescientos hombres que estaban encausados (2). Habiéndoles acometido la peste durante el sitio de Agrigento, fueron arrojados muchos hombres al mar para calmar á Neptuno (3). Aníbal, que estaba haciendo la guerra en Italia, cuando se le anunció que su hijo había sido designado para el holocausto anual, exclamó: Yo preparo á los dioses sacrificios que les serán mas aceptos. En vano Darío y Gelon impusieron por condición á los Cartagineses que cesasen de ensangrentar los altares: la superstición continuó, sobrevivió á la pérdida de la gloria y de la independencia, resistió á los decretos imperiales, y aun en el siglo III después de Jesucristo duraba todavía, aunque en secreto (4).

Y este rito lo llevaron á todas partes adonde llegaron sus ejércitos y su comercio. En toda su religión dominaban sombrías y feroces imágenes, abstinencias voluntarias, torturas, consejos nocturnos en la oscuridad, supersticiones atroces y disolutas que degradaban el alma. ¿Cómo hemos de maravillarnos, pues, de encontrar á los Cartagineses duros, serviles, egoístas, ambiciosos, inexorables, sin fe ni piedad, cuando estaba cerrado su corazón á las emociones generosas por el culto, por la aristocracia mercantil y por su móvil supremo, el amor al lucro?

Constantes nosotros en juzgar de la bondad de un gobierno por lo que favorece la moralidad particular y general, no nos atreveremos, después de esto, á unirnos con los que alaban el de Cartago, y mucho ménos con Aristóteles, que declara que la constitución de los Cartagineses y

(1) SELDEN, De Diis Syriis. Synt. II, c. 7.

(2) DIOD., XX, 3; LACT., De falsa relig., I, 21.

(3) DIOD., XIII, 87.

(4) TERTULIANO, Apol. c. 9.

la de los Espartanos eran mejores que todas las que se habían conocido. Este filósofo, cansado de los perpetuos movimientos de Atenas, no hallaba alabanzas mas que para lo que se mantenía inmóvil; error comun á otros muchos, para los cuales son una misma cosa estabilidad y bondad.

Cartago era el centro de la vida y de la acción; cuanto se hacía en las provincias y en las colonias debía tener por objeto únicamente su ventaja; sus ciudadanos eran el cuerpo dominante. Sus primeros habitantes trasladaron probablemente de su país natal las formas de gobierno con una monarquía templada; pero muy pronto prevaleció la aristocracia, que á pesar de todas las tentativas en contra, duró hasta las guerras con los Romanos. Era quizá una nobleza hereditaria descendiente de los principales de aquellos que condujeron la primera colonia; pero hay quien sostiene que el caudal fué la única causa de nobleza, y que si las familias de Hannon, Magon y Barca fueron ilustres por espacio de mucho tiempo, lo debieron al hecho de ser ricos. Dos sufetas, jefes del gobierno, presidían el Senado; y elegidos no como los de Esparta solo entre dos familias, sino entre todos los ciudadanos, no mandaban los ejércitos, pero ejercían las funciones judiciales, diferenciándose también en esto de los reyes espartanos. En las deliberaciones debían estar de acuerdo con el Sanedrín aristocrático, y si no lo estaban, se consultaba al pueblo, el cual, por lo demás, no votaba las contribuciones, ni elegía á los magistrados, á excepcion de algunos inferiores. Parece que en cuatrocientos años ninguno aspiró á la tiranía; mas después intentaron muchos establecerla, entre ellos Hannon (340) y Bomilcar (308), si bien nadie lo consiguió. Con el fin de impedir los abusos de autoridad de los jefes del ejército, se nombraron los centunviros, magistrados, no del pueblo, sino elegidos entre los grandes, en atención á su mérito y riquezas, y no por medio de la suerte como los éforos de Esparta. Y decimos también en atención á sus riquezas, porque los empleos eran honoríficos, y no dando ganancia alguna y si muchos gastos, solo podían aspirar á ellos los ricos (1). Componían el consejo legislativo (συνελευσις) todos los aristócratas; y de estos ciento formaban la secretaría ó gerusia (γερουσία), consejo ejecutivo, tribunal supremo del Estado y la política, que podía degenerar fácilmente en tiranía, y que al fin se apoderó del manejo de todos los negocios. El mismo Senado se dividía en comisiones de quinqueviros ó pentarcas (πενταρχίαι) que trataban de objetos especiales y elegían los miembros de la gerusia.

El Sanedrín, compuesto del gran consejo y

(1) ARISTÓTELES, Polit. V, 7: Οπου οὖν ἡ πολιτεία βλέπει εἰς τὸ πλοῦτον καὶ ἀρετὴν, καὶ ὄμιον, οἷον ἐν Καρχηδόνι, αὐτὴ ἀριστοκρατικὴ ἐστὶ — y en el II: Οὐ μόνον ἀριστινῶν, ἀλλὰ καὶ πλουτινῶν οἰόνται δεῖν αἰρεῖν τοὺς ἀρχοντας. La palabra ἀριστινῶν no indica el nacimiento, sino las cualidades personales.

del consejo privado, trataba de los negocios exteriores, de las embajadas, de la guerra, de la paz y de las rentas, y recurria algunas veces al pueblo para que confirmase sus decretos. Sin embargo, no hubo allí tribunales populares, ni existieron por tanto los grandes males que produjeron en Grecia; pero usaban penas horribles, como mutilar, apedrear, desollar, crucificar, aplastar entre piedras, y hacer que los culpados fuesen pisoteados ó devorados por las fieras.

Reforzóse la democracia durante las guerras con Roma, acompañada de violencia, pretendiendo los débiles no solo participar del poder, sino sobreponerse á los fuertes. Multiplicándose en el Senado las facciones con la envidia que existía entre las dos familias predominantes, se multiplicaron también las ocasiones de recurrir al pueblo; y Anibal dió despues el último golpe á la constitucion antigua, decretando que los magistrados fuesen anuales, lo cual aumentando los abusos, fué una de las causas de la caída de Cartago (1).

Otra causa de su ruina fué la excesiva influencia de la riqueza desproporcionada y el predominio de algunas familias, entre las cuales se elegían con preferencia los generales y los primeros magistrados. Tal fué la de Magon, que dió capitanes á la república por espacio de cuatro generaciones. Estos capitanes no tenían autoridad civil, y terminada la guerra, volvían al estado de ciudadanos. Algunas veces en las expediciones tuvieron poder absoluto; otras, se ponían á su lado algunos miembros de la gerusia, á quienes debían consultar, como se hacía en Venecia y durante la Convencion en Francia. Cartago exigía una cuenta demasiado severa de su conducta á los generales; y con frecuencia el vencido era crucificado, perdiéndose así la república un útil general y haciendo que dudasen al acometer una empresa ardua: al contrario que Roma, donde el pueblo y el senado salieron al encuentro del cónsul vencido en Cántuas, dándole gracias por no haber desesperado de la salud de la patria y trasformándolo en un héroe ansioso de reparar su derrota.

Cos-
tum-
bres.

Cartago era también agrícola, y á pocos pasos de la ciudad estaban cultivados todos los alrededores, que eran prodigiosamente fértiles. Polibio los vió cubiertos de jardines y árboles, de canales para el riego, de casas de campo sombreadas de olivos y viñas, y rodeadas de prados. Los principales ciudadanos y los altos magistrados trabajaban en la agricultura y escribieron sobre ella tratados de que se aprovecharon los Romanos. Especialmente Magon habló de todas las labores campestres en veintiocho libros escritos en lengua púnica, obra que desgracia-

(1) ¿Quién elegía los sufetas? ¿Eran verdaderamente dos? ¿Eran contemporáneos? ¿Eran vitalicios? ¿La aristocracia era realmente hereditaria? ¿El Senado era un cuerpo permanente, ó se renovaba periódicamente? ¿Podía entrar en él cualquiera? ¿quiénes? ¿Quién le nombraba? Preguntas son estas que nos hará el que no se contente con que el autor eluda con formas generales la precision crítica. Pero lo poco que sabemos de aquel gobierno nos impide dar respuestas satisfactorias.

damentese ha perdido, aunque el Senado romano decretó su traduccion (1). Los hijos de buenas familias eran educados en los templos desde los tres á los doce años; aprendían desde los doce á los veinte lo concerniente á la industria y á las labores, y á los veinte principiaban los ejer-

(1) Sus fragmentos fueron recogidos por Heeren; copiáremos aquí algunos de sus preceptos.

La obra principia con esta sentencia: «El que quiera comprar una tierra, debe vender su casa para que su finca urbana no se lleve la preferencia sobre la campestre. El que sea mas aficionado á tener casa en la ciudad, no debe tener una posesion rural.»

Recomienda la posicion al Norte como la mas productiva para las viñas; pero dice que la calidad de las vides no es tan buena como en otra situacion. Plantadas las viñas, añade, es necesario cargar los lados de los hoyos con piedras, que no deben pasar de cinco libras, para que alejen de las raíces el agua del invierno y los vapores del estío. Oprimidas las raíces y mezcladas con estiércol, comunican fuerza á la simiente depositada en el hoyo, haciéndola arrojar nuevas raíces; mientras que el abono en el invierno, húmedo y frio, da calor en tiempo útil, y en el verano humedad y alimento al tronco de la vid en flor. Si el majuelo, se planta en tierra delgada ó ligera, es preciso poner en el hoyo tierra gruesa.

Hay dos estaciones para podar las cepas de las vides; pero la mejor es la primavera, antes que empiecen á salir los retoños, porque llenas de savia pueden cortarse del modo mas fácil ó igual sin oponer resistencia á la podadera.

Se debe colocar la semilla de modo que el hoyo no esté enteramente lleno al año siguiente; porque entónces la cepa echa sus raíces por debajo.

Los bueyes de arar deben ser nuevos, robustos, de gruesos miembros, cuernos largos, negros y fuertes, frente ancha y elevada, orejas duras, ojos y labios negros, nariz grande y abierta, cuello largo y encorvado, papada larga y que llegue hasta la rodilla, pecho ancho y robusto, vientre espacioso, lomo recto, piernas anchas, espalda derecha y aplanada, cuartos traseros redondos, patas rectas y llenas, mas bien cortas que largas, rodillas fuertes, cola larga y cubierta de pelo, rojiza ó parda y suave al tacto. Deben castrarse los terneros cuando son nuevos, y no con hierro, sino con una vara hendida, oprimiendo las partes y aplastándolas poco á poco, etc.

Para hacer el vino de la primera calidad se escogen racimos de uvas que estén maduras y asolanadas, quitando las secas y dañadas; luego se hace un entablado de piquetas ó de horquillas, en el cual se extiende esparto; despues se ponen los racimos al sol, y por la noche se les cubre para evitar el royo. Cuando se han hecho pasas, se separan las uvas del esbojajo, se echan en un tonel, se pisan y se echa encima el mejor mosto. Cuando han absorbido bien el jugo de este, se ponen al sexto día en una vasija, se exprimen, y se obtiene el vino mas excelente. Se añade despues otro mosto nuevo, y se pisan y exprimen otra vez las uvas. El segundo vino se pone en seguida en vasos embreados para que no se agrie. Veinte ó treinta días despues, cuando ha cesado de fermentar, se clarifica en otros vasos, cuyas tapaderas se alquitranan en seguida y se cubren de pieles.

Las granadas se sumergen en agua de mar caliente, y envueltas en lino ó estopa de cáñamo, hasta que pierdan el color; despues se secan al sol, se cuelgan en un sitio fresco, y un día antes de usarlas se sumergen en agua dulce pero fria; despues se ponen en una olla nueva de barro en muchas capas una sobre otra mezcladas con serrin, hasta que se llene la olla; despues se pone la tapa y se cierran todas las hendiduras con cola fuerte.

Los almendros deben plantarse en tierra blanda y expuesta al sol; aunque requieran también tierra dura y caliente, mientras que en la gruesa y húmeda mueren y no dan fruto. Son preferidos para plantarlos los que son falciformes, despues de haber estado tres días reblandeciéndose en estiércol. La punta se coloca hacia abajo, el lado mirando hacia el Septentrion; se plantan en triángulo, distantes entre sí un palmo, y se riegan cada diez días para que crezcan.

Los álamos se plantan un año antes en hoyos sin tierra para que los penetre el sol y la humedad; y si esto no se puede hacer, es preciso encender fuego en el terreno dos meses antes y no plantarlos sino despues de la lluvia.

Los olivos se plantan á distancia de 75 piés, ó á lo ménos de 45, en colinas, en terreno seco y arcilloso, entre el otoño y el invierno, y en terreno grueso y húmedo entre la cosecha y el invierno. Fácil es conocer que esto se prescribia para el África.

cicios militares. Despues debían escoger su profesion; el sacerdocio, el tráfico, el comercio, la navegacion ó la guerra. Muy pronto prevaleció la lengua griega; y maestros griegos enseñaban en Cartago la filosofía (1).

De la lengua cartaginesa no hay ningun monumento: solamente Plauto al fin del *Pomulus* introduce un mercader de aquella nacion que habla en su lengua vulgar, y un intérprete traduce despues sus frases al latin. Pero á pesar de todo lo que han trabajado hasta ahora los eruditos, no hay ninguna interpretacion que me satisfaga, ni aun la de Bellermann (2).

Si hemos de creer á Estrabon, fueron sitiadas en Cartago por Escipion setecientas mil personas; pero aunque queramos suponer que se habian refugiado en ella los habitantes de los alrededores, es muy exagerado el número; y la poblacion ordinaria no podia exceder de doscientas cincuenta mil almas. Estaba Cartago dividida en tres distritos principales: la ciudad nueva llamada Megara, cubierta de jardines, acueductos, canales, y cercada por una muralla que era triple en muchos sitios; el barrio interior que tenía muros de treinta codos, con muchas torres; y en ellos se apoyaba un edificio donde se alojaban en el piso bajo trescientos elefantes (3) y cuatro mil caballos, y en el superior estaban los almacenes, el forraje y los equipajes. Sobre todo se elevaba la fortaleza de Birsá. En el tercer distrito se hallaba el puerto militar abierto á mano y que podia contener doscientas naves de guerra, en medio del cual estaba la isla de Coton que le daba nombre y se comunicaba con el puerto mercantil, cuya entrada se cerraba con cadenas de hierro. Si se exceptúan algunas inscripciones, poco se ha encontrado en aquellas ruinas que manifieste el estado de las artes en Cartago. Hablase con admiracion de algunos de sus edificios, de monumentos, de un escudo de plata con el retrato de Asdrubal; sin embargo, las columnitas votivas son de estilo griego, y se acuñaban en Sicilia las únicas monedas que en Cartago se usaban. En el museo de Leiden se conservan monumentos funerarios cartagineses, con bustos notables por las facciones africanas y los cabellos lanudos. No se sabe de cierto si es obra suya ó de los Romanos

(1) FABRICIUS, *Bibl. græca*, pág. 826.

(2) En 1815 publicó Maj estos versos con interpretaciones muy variadas en los *Fragmentos inéditos* descubiertos en la biblioteca Ambrosiana. Pero hace poco tiempo un erudito prusiano, confrontándolos con el original que existía, afirmó que eran solo trabajos de capricho en que Maj habia añadido y quitado lo que habia querido.

(3) Según Polibio tenían cincuenta elefantes los Cartagineses que sitiaron á Agrigento; ciento en la batalla de Ródas contra Régulo, y ochenta en la de Zama. Según Diodoro de Sicilia, Asdrubal, fundador de Cartagena, tenía doscientos en España; y hubo ciento cincuenta en la batalla de Tapso, última en que se presentaron estos animales en África. No los traían de lo interior del África, sino de los países contiguos á Cartago en la vertiente meridional del Atlas, donde hace ya mucho tiempo que no los hay. También habia un gran número de ellos en el África meridional en tiempo de las primeras colonias del Cabo y fueron puestos en fuga ó destruidos por los colonos.

Puede verse en la *Indische Bibliothek* de Schlegel una memoria muy erudita *Zur Geschichte des Elephanten*. Tom. 1.

el admirable acueducto, de setenta piés de alto, cuyo diseño mandó hacer Carlos V y que sirvió de modelo al Ticiano para un tapiz que debia hacerse para la casa de Austria (1). El agua conducida por este acueducto se recogía en diez y seis cisternas inmensas que se comunicaban entre sí y que no tenían ménos de cuatrocientos treinta piés de largas.

Tal era el Estado con quien iba á pelear Roma.

CAPITULO VII

Primera guerra púnica (2).

En el cuarto siglo despues de fundada, Cartago era una conquistadora formidable, merced principalmente á la familia de Magon. Aspirando ante todo á apoderarse de Sicilia, se halló contrariada por Siracusa que lo intentaba con el mismo ardor. Desde que Gelon derrotó á los Cartagineses, que con objeto de evitar que las colonias auxiliares á Grecia atacada por Jérges, habian invadido la Sicilia, hay una época de setenta años en que nada sabemos de ellos sino que extendieron y afirmaron su dominacion en África. Volvieron á mezclarse en los asuntos de Sicilia durante la tiranía de los Dionisios, y despues en tiempo de Agatócles, como hemos visto: guerras ocasionadas por la importancia de la isla, y mucho mas por el deseo de tener ocupados á los ciudadanos de mas preponderancia, los cuales con su crédito y sus riquezas habrían podido fácilmente traer á su devocion las tropas mercenarias y destruir la libertad de la patria. Con la constancia, la destreza y la inextinguible fuerza del oro hubieran llegado á dominar en Sicilia, si no hubiesen tenido por rivales á los Romanos.

Habiase ya encontrado Cartago en los mares con este pueblo cuando era poderoso bajo el cetro de los reyes, y puesto á la cabeza de la liga latina rivalizaba con los Etruscos. En el año de la expulsion de los Tarquinos concluyó Cartago con Roma un tratado, que es el documento mas antiguo de la república romana. Esta y sus aliados se unian con Cartago bajo la condicion de que no navegarian mas allá del Cabo Bueno, no siendo arrojados por la tempestad ó por los enemigos, y aun en este caso no harian mas tráfico que el puramente necesario para carenar el buque y dar culto á los dioses, volviendo á tomar su camino antes de cinco días; que sus mercaderes no pagarian contribucion al llegar á Cartago, tendrían pública fe las ventas, y se les administraría justicia en la parte de Sicilia sometida á los Cartagineses. Estos se obligaban á no perjudicar á los pueblos de Ancio,

(1) V. FISCHER D'ERLACH, *Architect. histórica*, lib. II, lám. II, Viena, 1721.

(2) La principal autoridad en este punto es Polibio, del cual hemos tomado la narracion hasta el año 216 y algunos fragmentos hasta el 165.

Tito-Livio (XXI:XLV y Apiano le siguen también. Se refieren á estos tiempos las vidas de Fabio Máximo, Paulo Emilio Marcelo, Caton y Flaminio, escritas por Plutarco.

Primer
tratado
entre
Carta-
go y
Roma
509.